

CARTA PASTORAL NÚMERO 7

El laicismo es una corriente de pensamiento, una ideología, que defiende o favorece la independencia del hombre o de la sociedad, particularmente del Estado, de toda influencia eclesiástica o religiosa.

Monseñor Builes, como todos los obispos de su época que tenían una doctrina sólida y bien clara para defender la Iglesia y la sociedad, en esta pastoral, aclara lo que en realidad es el laicismo y los perjuicios que acarrea su implementación. El obispo defiende la religión porque enseña al hombre a ser bueno, justo y leal y respetuoso de la ley del orden establecido por Dios.

2 de febrero de 1927

EL LAICISMO

Monseñor Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos

Tanto es el poderío que el espíritu de las tinieblas va alcanzando en el mundo y tan deplorable el estado moral de la humanidad, aun en nuestras montañas antioqueñas, tantas son las necesidades espirituales del pueblo cristiano, que no acertamos a encontrar el asunto más importante para tratarlo en esta carta pastoral de cuaresma, de modo que surja de su lectura el mayor bien para las almas.

Levantamos nuestros ojos y miramos detenidamente a Rusia: ¡qué inmenso campo de desolación y luto, cuántas ruinas morales y sociales y qué desconcierto en todos los órdenes! La sangre de miles de mártires y de millares y millares de víctimas del más crudo socialismo que registra la historia de la humanidad, y la turba incontable de hombres, mujeres y niños que han muerto de hambre a consecuencia de las llamadas "reivindicaciones sociales. Todo esto nos hace pensar que el demonio, antes atado, va soltando su cuerda, y legiones de espíritus infernales preparan la ruina de la humanidad.

De Rusia pasamos a México y, al contemplar la agitación horrible de un pueblo católico a quien suplanta un moderno Nerón, que destierra sacerdotes y religiosos, que encarcela y estrangula y abarca obispos, sacerdotes y fieles; que, por medio de sus esbirros, verdaderas fieras humanas, profana templos y altares, religiosas y doncellas, y, en medio de blasfemias horribles e imprecaciones pavorosas, pisotea o se come sacrílegamente la adorable eucaristía. Tenemos que dar ensanche al corazón, a nuestro corazón acongojado, inclinar nuestra cabeza y derramar ardientes lágrimas por las desgracias que el espíritu del mal, llámese masonería, liberalismo o socialismo, ha hecho caer sobre la república hermana.



Mas no queriendo ir tan lejos, detenemos nuestras miradas en Colombia, la república cristiana, la nación más católica de América, y la encontramos tan llena de fermentos disociadores y de semilla del crudo bolcheviquismo, que nos decimos en lenguaje del alma: también sobre esta patria amada se cierne con sus alas fatídicas el espíritu del mal.

Porque, vedlo bien, carísimos hermanos nuestros, ¿qué significa esa indiferencia religiosa que se va adueñando de todas las clases sociales?, ¿qué significa esa vaciedad de la mujer actual que, olvidada de su nobleza y dignidad, se abate hasta la más vil servidumbre por seguir la moda, la vil moda, que demanda enormes erogaciones pecuniarias, para restar pudor y vergüenza?, ¿qué significa ese ambiente de olvido, acaso de desprecio o de odio por su religión, que rodea a nuestros jóvenes, quienes, víctimas del respeto humano, no se atreven ya a confesar sus creencias y se creen humillados si las ponen en práctica?, ¿qué significa ese espíritu de insumisión que se nota en nuestras doncellas, quienes desde niñas quieren hacer únicamente su propia voluntad, aunque sea contra la voluntad de Dios?, ¿qué significa esa oleada de iniquidad que está inundando nuestras aldeas y nuestros campos, antes morada pacífica de patriarcas, muchos de aquellos convertidos hoy en garitos o en serrallos?, ¿qué significa ese lago de sangre humana que cubre nuestro suelo colombiano, merced a la deficiencia de nuestras leyes, que no reprimen los asesinatos?, ¿qué significan esas blasfemias dichas y escritas, esos errores y esas herejías que en libros y periódicos inundan el mundo y le pervierten?, ¿qué significa ese levantamiento e insurrección de las clases obreras que se alzan contra los empresarios y los favorecidos de la fortuna para sembrar el terror en los que están de cerca la ansiedad y la expectativa en los que están de lejos?, ¿qué significan esas huelgas en que miles de trabajadores, a la voz insensata de un bolchevique asalariado de la masonería, o de una mujer de alma revuelta como caldera hirviente, se niegan a trabajar cruzándose de brazos o se arman hasta los dientes para protestar contra los patrones, poniendo en dificultades y llenando de zozobra a la nación entera?, ¿qué significan los últimos movimientos socialistas que, extendiéndose desde la costa hasta el mismo corazón de Colombia, han conmovido toda la nación?

Todo esto significa que hay gérmenes de descomposición moral y social muy desarrollados y que nos amenazan, por consiguiente, días de lágrimas y sangre como los de Rusia y México, si Dios en su bondad infinita no detiene su mano vengadora, y si los encargados de velar por los bienes de los asociados no contienen con brazos de hierro a los malvados y a los revoltosos.

Tiempos malos son los que alcanzamos; el demonio anda suelto, rugiendo como león furioso; buscando almas que devorar y deshaciendo las bases sobre que está asentado el trono del Rey con ánimo de derrocarlo; el mundo que está puesto en la maldad, según el lenguaje de san Juan (cf. 1 Juan 5, 19), y en el cual todo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (cf. 1 Juan 2, 16) tiene dominada la humanidad que piensa sólo en divertirse, siguiendo el consejo de sus adictos adoradores: "Comamos y bebamos que mañana moriremos"; y la carne, ¡oh Dios santo!, la carne, la sensualidad, llegando a los últimos extremos del refinamiento, envuelve en su torrente de lodo al niño, al anciano, al joven y a la doncella, amenazando en su vértigo desenfrenado de pasiones la existencia misma de la humanidad.

¿Qué remedios hallaremos para estos males? Busquemos las causas para que podamos con acierto aplicar la medicina.

En términos generales, su causa es la descristianización del mundo. Sí, el mundo se paganiza, el mundo se aleja de Dios, el mundo se laiciza.

Nos parece que, a todos los errores y las herejías que ha habido desde el principio del cristianismo, vendrá a suceder dentro de poco el laicismo. El liberalismo mismo con todos sus horrores de racionalismo y naturalismo, el tremendo error del modernismo, que con tanta energía condenó Pío X, desaparecerán sin duda en cuanto al nombre que llevan, para quedar absorbidos por esa hidra de siete cabezas que asoma amenazante en el horizonte de la Iglesia de Cristo y que se llama el laicismo. La masonería, igualmente, que es la religión de Satanás, ha conseguido su fin: "borrar a Dios" (Diderot), "aplantar al infame" (Voltaire), arrancar del entendimiento y del corazón del hombre la idea y el sentimiento de Dios, quedará comprendida en ese monstruo universal, el laicismo. Y el socialismo actual, que se ha infiltrado en las masas, no ya en Europa no más, sino en la virgen América, ¿tiene por ventura otro ideal que el de laicizar el mundo? A esta finalidad tienden todos los errores, a esta finalidad tienden todas las herejías, y el mundo, como una manada de corderos estultos, se deja llevar, se deja arrastrar, se deja precipitar.

Así va el mundo. El viajero que deja estas montañas antioqueñas, donde todavía se ora, donde se oye misa y se comulga, donde se lleva con cariño una insignia piadosa, una medalla, un Cristo, un escapulario, donde se reza en familia el santo rosario, el que deja esta tierra, repito, y se llega a las costas y atraviesa los mares, ve desde los puertos esas ingentes multitudes que, como enjambres bulliciosos, buscan dinero, diversiones y placeres y se entregan a ellos con verdadero frenesí, olvidadas completamente de Dios, de su alma y de la eternidad. Es verdad que hay templos, muchos templos, católicos unos, protestantes otros, mezquitas y oratorios, y hasta se encuentra un templo de proporciones gigantescas con esta inscripción en el frontispicio: "Este templo es para los miembros de todas las religiones". Pero le hemos visto siempre cerrado... Los otros templos les hemos visto abiertos y, la verdad, muchos de ellos completamente llenos a la hora de los divinos oficios; pero ante millones de hombres que siguen la corriente de la indiferencia religiosa, ¿qué son un millar?, ¿qué son un millón? Y en nuestra patria amada va entrándose este monstruo, y hasta en nuestras cristianas montañas comienza a envenenarse el ambiente religioso.

El individuo se arruina, carísimos hermanos nuestros, porque se aleja de Cristo; la sociedad se arruina, igualmente, porque se aleja de Cristo. Hora es esta de exclamar con el salmista: *Filii hominum usquequo gravi corde? Ut quid diligitis vanitatem et quaeritis mendacium?* ("¿Hasta dónde, hombres, insultaréis a mi gloria, amaréis la vanidad y andaréis tras la mentira?" [Salmo 4, 3]).

La religión es un deber del hombre y un derecho de Dios, por lo cual la indiferencia en materia de religión es un verdadero contrasentido; con todo, hoy se la quiere erigir en sistema. He aquí, carísimos hermanos nuestros, el error de la actualidad; hoy se cree en Dios, pero se le niegan los homenajes que le son debidos, lo que es una rebelión, una ingratitud, una locura, porque va contra la misma razón.

Abundarán, sobre todo, hombres que crean y admitan la necesidad de la religión, pero no la practican fuera de casos excepcionales, como en un terremoto, en una violenta tempestad; aceptarán sin dificultad el bautismo, la primera comunión, el matrimonio por la Iglesia y los sacramentos para la hora de la muerte, pero nada más. Esta conducta, si no es una monstruosidad como la de los anteriores, sí será por lo menos una imprudencia sin calificativo, de la que adolecen tantos y tantos hombres de nuestra época, los más numerosos por cierto entre los indiferentes, arrastrados por la irreflexión, las pasiones y el vil respeto humano.

Cuando hablamos así, hermanos nuestros muy amados, no nos referimos únicamente a los varones; hay en el universo mundo tantas mujeres indiferentes... Y, si las mujeres de la montaña son en su totalidad doncellas y matronas ejemplares, con todo, hemos de confesar que se nos va entrando por las puertas este mal moderno, esta nueva invención satánica; y ya van apareciendo una que otra, maleadas y perdidas en su espíritu y en su ideología cristiana: ellas también se paganizan. Y es cierto además que uno de los factores decisivos, por no decir el más eficaz, es la moda indecente.

El demonio, en los antros oscuros de las logias, ha decretado la perdición de la mujer, para perder con ella el hogar y con el hogar las sociedades y los pueblos y con estos la humanidad, y ha decretado la perdición de la mujer arrebatándole el pudor, que es la luz en la gota de rocío, en las flores el color, la miel en los panales y en los manjares la sal. Corrompamos a la mujer, arrebatémosle el pudor, y el triunfo es nuestro. Y la mujer de hoy, obedeciendo a esta consigna del infierno, se refina día por día en el delicado arte de "desnudarse elegantemente", como define un autor la moda, y ya nuestras mujeres no se tiñen del suavísimo carmín de la vergüenza y el pudor, antes bien, andan por esas calles y plazas con aquel descoco, con aquella desfachatez incalificable que amenaza de veras con la ruina de la sociedad; por lo que hemos dicho arriba, que perdida la mujer se perdió todo.

Mas como la moda es una dulce tirana, pero tirana, a última hora ha dejado de ser moda femenina en las mujeres para volverse en ellas mismas moda masculina, y han resuelto aparecer a la faz del mundo, pásmese el cielo, vestidas de hombre y montadas a horcajadas, con escándalo del pueblo cristiano y complacencia del infierno. Es el ápice y coronamiento de la obra de los apóstoles de la moda indecente.

Ya desde la más remota antigüedad llamó Dios la atención de su pueblo sobre la calidad de vestidos que debían usar, prohibiéndoles llevar vestidos de lana y de lino para que no se asemejasen a los gentiles que usaban tales vestiduras en el culto de sus falsos dioses y a pesar de que el vestido de los hijos de Israel fue siempre talar tanto para los hombres como para las mujeres, aunque perfectamente distintos, el Espíritu Santo señala a las mujeres escandalosas por estas palabras: "Entonces le sale al paso una mujer, con trazas y ademanes de prostituta" (Proverbios 7, 10). Y, por Isaías, amenaza con terribles castigos a las mujeres que se dejan llevar de la soberbia y de los excesos en el vestir. El apóstol san Pablo, en su epístola a Timoteo, habla detalladamente de la modestia que el sexo femenino debe guardar: "Así mismo que las mujeres, vestidas decorosamente, se adornen con pudor y modestia, no con trenzas ni con oro o perlas o vestidos costosos" (1 Timoteo 2, 9).

Fue, mediante la doctrina de los apóstoles, predicadores del Evangelio a los gentiles, que entró en el mundo pagano la modestia y con ella la castidad, hasta esa época desconocida. Entonces, las paganas convertidas comenzaron a dejar sus vanidades y adquirieron tal grado de recato y de modestia que hoy nos deja estupefactos leer las páginas de la historia de la Iglesia y las obras de los santos padres. Todos estos sostuvieron con ejemplar valentía los fueros del pudor y dejaron en sus escritos normas y sentencias que debieran escribirse en los frontispicios de las iglesias, escuelas y colegios para evitar que la mujer volviera al paganismo.

Hablando san Agustín, obispo de Hipona, de las extravagancias en materia de vestidos que querían introducirse, ya en el siglo V, dice: "Los crímenes que van contra las costumbres humanas deben evitarse, según su diversidad; de tal suerte que el pacto establecido por ley o por costumbres de la ciudad o de la nación, no sea violado por la liviandad de ningún ciudadano o extranjero".

La naturaleza humana, en su tendencia a la relajación de la moral, buscó maneras indecorosas de vestir, a través de los siglos; pero jamás llegó a soñar con implantar el uso del vestido de hombre para la mujer... Semejante invención estaba reservada a los tiempos modernos y a la nefanda acción de las logias.

No es raro encontrarse a las mujeres así vestidas en los hoteles, las estaciones y las plazas de los Estados Unidos y de otras naciones; pero, si se inquiere cuidadosamente sobre la religión y la conducta de las tales, se obtiene como informe que pertenecen a alguna secta protestante, o que profesan el indiferentismo religioso, o que son de las que pisotean el pudor para entregarse a la vida licenciosa.

Siguiendo nos el ejemplo de los romanos pontífices, consultaremos a santo Tomás, para sacar de su sapientísima *Suma* las poderosas razones que nos acompañan para censurar, como censuramos que la mujer lleve vestido de hombre.

Dos lugares de su libro inmortal vamos a citar: "Es esencialmente cosa mala –dice– el que la mujer use vestido de hombre y viceversa; y esto principalmente porque tal uso puede ser causa de lascivia y está prohibido de una manera especial en el Deuteronomio con estas palabras: *'Non induetur mulier veste virili, nec vir utetur veste feminea* ("La mujer no llevará ropa de hombre ni el hombre se pondrá vestidos de mujer, porque el que hace esto es una abominación para Yahvé tu Dios" [Deuteronomio 22, 5]). Y es claro, porque, como dice un expositor sagrado: "La mujer disfrazada de hombre se despoja de la prenda que más debe amar, y que le sirve de muralla de defensa para conservarse pura, que es la vergüenza" (Scio, en el pasaje citado).

En otra parte dice santo Tomás: "Acerca de los vestidos, debe citarse lo que dice el Eclesiástico: El vestido de cuerpo da la idea de lo que es el hombre (cf. 19, 30), y por eso quiso Dios que su pueblo se distinguiera de los otros pueblos, no solo con la señal de la circuncisión que estaba en la carne, sino también con distinción cierta del vestido. Y por eso les fue prohibido a las mujeres vestirse con ropa de varón y viceversa, por dos motivos: primero, para evitar la idolatría, ya que los gentiles usaban estos vestidos en el culto de sus dioses, y aun las mujeres usaban vestiduras

de hombres en el culto de Marte, y al contrario los hombres usaban vestidos de mujeres en el culto de Venus. Segundo, para huir de la lujuria, pues, por la diversidad de los vestidos, se excluía toda unión desordenada. Porque vestirse la mujer como los hombres, y viceversa es incentivo de la concupiscencia y da ocasión a la lascivia. Por otra parte, es prohibido, agrega el Angélico, el que la mujer use desordenadamente del saber o de los otros oficios de los hombres, o que el varón caiga en las delicadezas de las mujeres”²⁴.

Después de oír este lenguaje del Príncipe de la sagrada teología, ¿a qué mujer le quedarán alientos para vestirse de hombre? Agréguese a esta doctrina tan clara los grandes peligros que amenazan a la mujer en esta época de sensualismo y desenfreno de costumbres.

Por estas razones nos sentimos movidos a censurar y reprobar, como en efecto censuramos y reprobamos tal práctica abominable ante Dios según el lenguaje de la sagrada escritura (cf. Deuteronomio 22, 5), reservándonos a nos personalmente la absolución de este pecado contra la moral cristiana (y hasta contra el mismo mandato de la razón natural) sin que puedan hacerlo ni aún los VV. vicarios foráneos en ningún tiempo, sea que las mujeres se vistan así por liviandad o reflexión, bien sea so pretexto de viaje en auto, a pie o a horcadas, caso este último en que precisamente creemos que se peca contra la ley natural, por los desastrosos efectos que de esto provienen. Y levantamos nuestra voz de pastor, porque no queremos que una sola alma se pierda por un silencio culpable de parte nuestra.

Vean nuestras mujeres que el demonio, valiéndose de la masonería, quiere descristianizarlas, para precipitarlas de nuevo en el abismo de abyección y esclavitud de que las libró Cristo nuestro Señor, mediante la Redención, y sumergir así la humanidad entera en un caos que acelere la catástrofe final.

Esta pastoral será leída en dos domingos consecutivos, después de su recepción, a la hora de las misas, en todas las iglesias y capillas de nuestra Diócesis.

Dada en nuestro palacio, firmada por nos, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro secretario el día 2 de febrero, fiesta de Nuestra Señora de La Candelaria.

+ Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos

24 24. 2ac, Quaest. CII, ari. 6, ad 6um.